



## GUERRA, DINERO, DICTADURA

Mercedes Cabrera

Angel Viñas.  
*Guerra, dinero, dictadura.  
Ayuda fascista y autarquía  
en la España de Franco.*  
Ed. Crítica. Grijalbo.  
Barcelona, 1984.

*«Esta es la realidad y hay que aceptarla, sin engañarnos, tal y como es, y como no podemos hacer la más mínima concesión en beneficio de quienes nos atacan, porque ello sería entrar en una peligrosa barrera que acabaría dando al traste con nuestra Fe y nuestra Independencia, tenemos que estar dispuestos a*

*mantener nuestra unidad dentro de la más cerrada intransigencia»,* Almirante Luis Carrero Blanco, 1961.

La participación de España en las recomposiciones del mapa político europeo desde comienzos del siglo XIX ha sido mínima, como mínima fue su participación en el reparto del mundo que a finales de aquel siglo elaboraron las potencias europeas. El aislamiento se puso definitivamente de manifiesto con las neutralidades españolas, por motivos diferentes, durante las dos guerras mundiales. La permanencia de la dictadura franquista acabó de asentar la tristemente famosa frase de que Europa empezaba al norte de los Pirineos. En muchas historias contemporáneas de Europa, España no llega ni a aparecer, y tampoco los historiadores españoles han mostrado excesivo empeño en analizar las relaciones exteriores de nuestro país, ni siquiera

en establecer análisis comparativos de nuestra realidad histórica con la de otros países. Vivimos con la convicción de que este país ha carecido y carece de política internacional casi desde que dejó de ser imperio hegemónico en Europa, más dramáticamente desde que perdió sus últimas colonias en 1898. Nuestra historia es peculiar, intransferible, casi inexplicable; nuestra posición débil, inexistente. A lo sumo podemos esgrimir y jugar con nuestra situación estratégica. Hubo, eso sí, dos momentos en el siglo XX en los que España estuvo en las primeras páginas de los diarios; dos ocasiones a contrapelo, premonitoria una, quizá, desfasada otra: la guerra civil, muchas veces entendida como anuncio de la segunda conflagración mundial; y la dictadura franquista, residuo tolerado e incluso mantenido de los regímenes vencidos durante aquella guerra. El protagonista en ambas ocasiones

fue pasivo, y las interpretaciones posteriores, ideologizadas en muchas ocasiones, deformaron la realidad de aquellos episodios. A pesar de la abundante bibliografía existente ya sobre la guerra civil española, aún pueden apuntarse análisis novedosos, y sobre el franquismo, ahora que puede considerarse ya potencial territorio del historiador, queda casi todo por decir. El campo de las relaciones internacionales es uno de los más inexplorados, y los obstáculos que suponía la imposibilidad de consulta de ciertos archivos parece que empiezan a eliminarse.

El libro de Angel Viñas se sitúa en esa encrucijada. No es un libro monográfico, sino una compilación de artículos sobre cuestiones concretas, algunas de ellas ya desarrolladas por extenso en anteriores publicaciones suyas —*La Alemania Nazi y el 18 de julio, El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista*—, y ahora puntualizadas, utilizando ya no sólo los archivos alemanes y americanos sino también datos del Ministerio de Asuntos Exteriores español. Comentar un libro así resulta complicado por ser muchos los temas tocados y porque, además, Angel Viñas se detiene pormenorizadamente en minuciosidades que dificultan las visiones globales sobre las que sustentarse. Cabría destacar, de entrada, el intento de penetrar más allá de la simple descripción hacia el esclarecimiento del funcionamiento interno de la Administración —como él mismo dice—, lo cual implica desbrozar los procesos de toma de decisiones, el comportamiento efectivo y sus soportes conceptuales, organizativos e institucionales. Algo que exige el manejo de fuentes de archivo no siempre alcanzables. En se-

gundo lugar, hay que señalar la imbricación de causas económicas y políticas en el tratamiento de los temas; tanto por referencia a la relación con la Alemania nazi durante la guerra como en el caso de los años de la autarquía franquista.

La visión que desde Alemania se tenía de la situación española y la valoración tardía en pro de la intervención; la calificación de las fuerzas políticas «nacionales»: el componente reaccionario de militares, carlistas y católicos, frente al ensalzamiento del espíritu «revolucionario» de Falange; la personalización de la ayuda en Franco; la supeditación de la aviación alemana a las directrices de los jefes del ejército sublevado, y el asombro ante el afán destructor de algunos de ellos —Mola, esencialmente—; los intereses económicos de trasfondo; los mecanismos de financiación exterior de la guerra y la importancia de la financiación interna, amén de otros aspectos, mueven a repensar los contenidos de un tema tan debatido ya como la internacionalización de la guerra civil; un tema que según Viñas no puede reducirse a comparar entre los suministros proporcionados o negados a cada combatiente, sino que debe apuntar a la asimetría que insertaron en el proceso: «El apoyo externo dio alientos a los sublevados, proyectó indirectamente a Franco (que es quien lo recibía) hacia las cumbres del poder, inyectó una vena de justificación ideológica «moderna» (y homologable a lo que parecía estar en ascenso en Europa) a un pronunciamiento fracasado, ayuno de cualesquiera principios que no fueran «anti» o «retrógrados», y favoreció el primer reconocimiento internacional del régi-

men que iba alumbrando el general Franco».

El otro eje de temas gira en torno a la política exterior franquista, que Angel Viñas periodiza desde el mismo desencadenamiento de la guerra, para llegar a una conclusión en cierto modo sorprendente: el franquismo desarrolló —dice— una política internacional cortada a la estricta medida de sus necesidades, aunque, eso sí, rodeándola de una retórica con frecuencia insufrible. Esa política internacional estuvo en gran medida condicionada por la situación económica del país; la famosa entrevista de Franco con Hitler en Hendaya, en la que aquél afirmó su voluntad de no entrar en la guerra, vino dada por la situación de penuria interna y por la dependencia con respecto a los suministros extranjeros cuyo tránsito tenían que permitir británicos y norteamericanos, y no tanto por la lucidez y el patriotismo del general. Ese condicionamiento económico no significa, sin embargo, en la interpretación que Viñas parcela en sus artículos, que no hubiera un componente político-ideológico fundamental; incluso llega a decir que, en definitiva, la ideología venció a la racionalidad económica. El comportamiento político, la alienación con el Eje y el esfuerzo por imponer una estrategia industrializadora de corte autárquico, cuando la población pasaba penurias de todo tipo, anularon toda posibilidad de que España se beneficiara de su condición neutral igual que lo hizo durante la Primera Guerra Mundial. Porque ese «ideal autárquico» existió.

El período de autarquía del franquismo adquiere en este libro toda su complejidad. Hubo autarquía, pese a opi-

niones como las de París Eguilaz; una autarquía que sólo en parte era consecuencia lógica del giro proteccionista e intervencionista de la política económica española iniciado a finales del siglo pasado; que sólo en parte vino obligada por el comportamiento de otros países hacia el régimen franquista y que, también sólo en parte, respondió a una ideología fascista. Pero hubo «ideal autárquico», con componentes ideológicos variados, en el que se mezcló el ansia industrializadora basada en la fe en no se sabe qué potencialidades no aprovechadas anteriormente, con la voluntad de independencia de un entorno «torvo» y conspirador y de un nacionalismo corporativo subsumidor de antagonismos, presuntamente solidario y disciplinado.

Tras la derrota del Eje, el componente más ideológicamente fascistizante de este ideal fue abandonado en favor de la sustitución de importaciones, que subsistió hasta finales de la década de los cincuenta, cuando el Plan de estabilización comenzó a abrir las compuertas de la economía nacional. El desfase entre las instituciones económicas cambiantes y las instituciones políticas y socio-laborales que persistían tuvo traducción institucional en enfrentamientos entre elementos de diferentes ministerios. El Memorándum de noviembre de 1947, en el que se mostraba de manera transparente que la contribución de España a la reconstrucción económica europea impulsada por el plan Marshall era esencial porque estaba garantizada la «paz social» —España era un «oasis de equilibrio, orden e incluso de abundancia», en palabras de Gómez Aparicio—, así como los argumentos esgrimidos por Martín Artajo, emba-

jador en Estados Unidos, son documentos preciosos para reconstruir no ya las relaciones exteriores del franquismo sino el propio franquismo. Tan relevantes como pueda serlo el largo texto, ampliamente comentado por Viñas, que Carrero Blanco dirige a Castiella ya en 1961. Si aquellas palabras no hubieran salido de un personaje tan crucial para la historia del franquismo, posiblemente no causaría tanto impacto leerlo hoy. Que los intereses amparados y potenciados por una política autárquica defendieran el aislamiento español resulta comprensible; pero que pudiera darse aún una justificación ideológica de tal magnitud revela hasta qué punto el franquismo fue un régimen sólo en parte análogo a los fascismos europeos, puesto que el peso de tradiciones reaccionarias lo incapacitaba incluso para asumir principios de racionalización económica capitalista. En aquella comunicación privada, Carrero Blanco explicaba que para las tres internacionales que pretendían dominar el mundo y ejercer un «totalitarismo universal» —la internacional socialista, la comunista y la masónica—, la situación más favorable era la existencia de regímenes democráticos, en los que la existencia de partidos políticos y de «libertinajes» en los órganos de expresión favorecía su dominación. De ahí que cuando un país no encajaba dentro de la fórmula por ellas requerida se le tildara de totalitario. «Es cierto que los tres totalitarismos (comunismo, socialismo y masonería) tienen objetivos finales distintos, pero los tres, que son en lo espiritual ateos y en lo político pretenden dominar el mundo, tienen el objetivo común de hacer desaparecer los regímenes que, como el nuestro (católico, antisocialista, anticomunista, anticapitalista y rabiosamente independiente), son impermeables a su acción de dominio.» Esto, en 1961. Salvando reacciones inmediatas, piénsese en la definición que en el último paréntesis otorgaba al régimen vigente: esencialmente negativa.

munista, anticapitalista y rabiosamente independiente), son impermeables a su acción de dominio.» Esto, en 1961. Salvando reacciones inmediatas, piénsese en la definición que en el último paréntesis otorgaba al régimen vigente: esencialmente negativa.

## ¿OTRA GUERRA CON MARRUECOS?

Enrique Gomáriz

Domingo del Pino  
*La última guerra con Marruecos: Ceuta y Melilla*  
Ed. Argos Vergara  
Barcelona, 1983.

El primer efecto que ha tenido en la prensa española el anuncio de la unión libio-marroquí ha consistido en un repaso rápido a las declaraciones del monarca alauita Hassan II sobre Ceuta y Melilla. No menos impactante ha sido esa imagen de televisión comparando los efectivos militares de Libia y Marruecos, por un lado, y España por el otro. De esta forma tan inquietante ha crecido la actualidad del libro de Domingo del Pino, corresponsal en Rabat del diario *El País*, cuyo título no provoca precisamente tranquilidad.

¿Y qué decir de las reacciones políticas? En general la clase política apenas ha levantado la voz. Las declaraciones del Presidente del Gobierno fueron el clásico «aquí no pasa nada», por cierto arropa-